

CONCLUSIONES

*Francisco Valdez,
Susana Ramírez Urrea*

La investigación regional de la cuenca de Sayula ha permitido identificar y dar seguimiento a una serie de problemáticas que incumben al panorama general de la arqueología del occidente de México. A manera de síntesis de los trabajos descritos en el presente informe, se discuten a continuación algunos de los principales temas que, al criterio del equipo del Proyecto Sayula, merecen una investigación más a fondo.

De manera general es menester enfatizar que la dinámica de la historia cultural de la región y, de manera específica, todo lo que se relaciona con los orígenes y las transiciones entre las distintas fases culturales, requiere de estudios detallados, centrados en las pautas que han sido identificadas por el proyecto. En cada uno de los tres grandes periodos establecidos persisten aún incógnitas que impiden relacionar de manera absoluta la evidencia de la cuenca con las expresiones de las regiones vecinas.

EL PRECLÁSICO

Uno de los factores anómalos en el registro arqueológico de este período es la ausencia, hasta ahora, de materiales culturales que anteceden a la fase Verdía. Por alguna razón aún no explicada, la cuenca no presenta ocupaciones anteriores al siglo III antes de Cristo. Las tradiciones tempranas de occidente, El Opeño-Capacha, no tienen vestigios visibles en la zona, a pesar de estar presentes en las regiones vecinas. Esta situación es tanto más rara cuanto que la cuenca parece haber sido una zona de paso importante entre Colima y las tierras altas del interior de Jalisco y del oeste de Michoacán. La riqueza ambiental de la cuenca, concretamente los recursos estacionales del lago, debieron haber sido un foco de atracción para las poblaciones que transitaban de y hacia las zonas veci-

nas. Sin embargo, hasta hoy no se cuenta con ninguna evidencia de su paso por el vaso lacustre.¹

Es posible que los restos de las primeras ocupaciones humanas en la cuenca se encuentren aún enterrados en los depósitos profundos del escurrimiento aluvial que rodea las actuales márgenes de la laguna. Las calas y pozos efectuados en la planicie aluvial, en busca de las capas freáticas, demuestran que los niveles con vestigios del Preclásico tardío bajan a más de dos metros de profundidad. La evidencia de ocupaciones anteriores podría reposar en los estratos más hondos de las zonas próximas a la playa, donde los instrumentos agrícolas normalmente no alcanzan a llegar. Llama la atención, no obstante, que estos vestigios no aparezcan en superficie, en las terrazas lacustres o en las faldas de las sierras circundantes, en que la erosión es frecuente. Conviene, entonces, dirigir mayor atención a este hecho, particularmente en las zonas más propicias para la buena conservación de depósitos profundos. Un buen lugar donde se puede esperar encontrar ocupaciones antiguas es la planicie aluvial de la margen occidental del lago, que se extiende entre las poblaciones de San Juanito y Amacueca.

La tradición de tumbas de tiro, que caracteriza al occidente de México durante el Preclásico tardío, está representada en la cuenca por los complejos cerámicos Usmajac y Verdía. Ambos conjuntos muestran filiaciones estilísticas y tecnológicas entre sí y con regiones vecinas. Usmajac tiene, al parecer, mayores nexos con las regiones del sur occidente (Tuxcacuesco y Colima), mientras que Verdía presenta mayor similitud con materiales del valle de Atemajac, la región de Ameca-Magdalena y posiblemente con la zona de Etzatlán. La evidencia cerámica procedente de la tumba de tiro de Huitzilapa (Magdalena), excavada en 1993, presenta formas y diseños iconográficos característicos del complejo Verdía.

La problemática del Preclásico tardío reside en explicar la dinámica sociocultural en la que coexisten dos complejos cerámicos afines pero, al mismo tiempo, muy disímiles, en un espacio relativamente reducido, durante un lapso de tiempo aparentemente largo. Una consecuencia de esta dinámica pudiera ser la paulatina predominancia de los detentores de un complejo frente al grupo representado por el otro conjunto. Los cambios introducidos en este proceso pudieran estar en la base de la transición entre la etapa de tumbas de tiro y el período Clásico, que se inicia en la cuenca con la fase Sayula.

¹ En la redacción final del se detectó un asentamiento con material Capacha en el valle de Teocuitatlán ubicado en

el extremo noreste de la cuenca de Sayula, pero ya fuera del vaso lacustre propiamente dicho.

Las diferencias cronológicas entre los conjuntos se acortan con un traslape entre el inicio de Verdía y el fin de la temporalidad reflejada por el complejo Usmajac (primer siglo de la era cristiana). Durante este lapso, ambos comparten rasgos formales, estilísticos y tecnológicos que los caracterizan simultáneamente. A los rasgos cerámicos de cada grupo se añade (sobre todo en el complejo Usmajac) una variada parafernalia mortuoria confeccionada en concha, piedra verde y obsidiana que se singulariza, además, con la arquitectura funeraria que le da un contexto regional (Colima, Jalisco y Nayarit).

Las variaciones locales entre los complejos cerámicos incluyen temas iconográficos excluyentes, innovaciones en diseños morfológico-funcionales y el empleo de técnicas de tratamiento de la superficie de ciertos recipientes. A las diferencias cerámicas se une el carácter específico de los contextos de cada grupo. El reconocimiento sistemático de la cuenca demostró una repartición homogénea de materiales del complejo Usmajac en todos los pisos altitudinales del vaso lacustre. Los patrones de ocupación sugieren la presencia de rancherías o aldeas agrícolas bien establecidas en las dos márgenes de la laguna. En cambio, los materiales del complejo Verdía tienden a ser más escasos en superficie y a presentar una distribución espacial más limitada. Los principales sitios se circunscriben a los bordes de playa o a las primeras terrazas adyacentes. Por lo general, son sitios pequeños, relativamente aislados, y casi siempre asociados a las estaciones de extracción de sal. La prospección identificó una mayor frecuencia de estos sitios en las márgenes norte y centro del lecho lacustre.

Los contextos Verdía no tienen un carácter habitacional marcado; son o funerarios (CS-16), o están asociados a áreas de labores especializadas (CS-4, CS-24, CS-11, CS-172, ... entre otros). En este tipo de sitios aparece, además, una nueva variedad de vasijas funcionales, que presentan atributos propios de la actividad salinera. El análisis del material de carácter especializado ha demostrado que existen diferencias en los recipientes asociados con la producción de sal entre los sectores sur y norte de la cuenca. Por otra parte, hay que mencionar que este tipo de vasijas funcionales no ha sido aún identificado en el *corpus* cerámico del complejo Usmajac.

Las diferencias enunciadas podrían ser interpretadas como el reflejo de la presencia de dos grupos humanos con intereses económicos distintos. A primera vista, el complejo Verdía parece estar ligado al desarrollo de una actividad especializada relacionada con la explotación del recurso salino y quizás, también, con su control. Algunos miembros del equipo consideran que la variedad iconográfica podría reflejar diferencias

ideológicas o ser simplemente emblemas de distintos grupos de poder, o inclusive de identidad étnica (procedencia ancestral). Aunque la hipótesis resulte tentadora, hay que admitir, sin embargo, que por el momento se dispone de muy pocos datos concretos para sustentar este enunciado.

Los vestigios encontrados del complejo Verdía son casi tan escasos, como durante la época en que Isabel Kelly trabajó en la zona, por lo que no se puede hacer aún un diagnóstico comparativo detallado de los dos conjuntos. No obstante, conviene subrayar los nuevos hechos que se han constatado, ya que estos pueden marcar la pista a seguir en trabajos futuros.

Parece evidente que hay un problema aún no resuelto con el fenómeno Verdía. En el estado actual del conocimiento se percibe que la dimensión cronológica y el carácter real de sus contextos debe ser aún investigado. El traslape parcial entre Usmajac y Verdía puede obedecer a varias causas: una puede ser la posible evolución de un grupo específico en el seno de la sociedad Usmajac, que se individualiza y cobra importancia con la explotación del principal recurso natural de la cuenca; otra puede ser una consecuencia de la creciente interacción con los grupos de las regiones vecinas, que termina por introducir nuevas modalidades socioculturales. Sea cual fuere la causa de su origen, para resolver este dilema se requiere aún encontrar contextos más amplios de este complejo para poder seguir trabajando esta problemática.

EL PERÍODO CLÁSICO

La fase Sayula rompe con la tradición temprana asociada al fenómeno de tumbas de tiro y presenta una serie de innovaciones que sugieren cambios radicales en las sociedades establecidas en la cuenca de Sayula. A partir del siglo IV d.C. se aprecian algunos cambios en el uso del espacio, ligados en muchos casos con la explotación de la sal. Paralelamente, en la cuenca aparece un nuevo estilo cerámico, cuyos antecedentes locales podrían encontrarse en varios rasgos del complejo Verdía, pero su origen es incierto. La etapa transicional es relativamente corta pues a partir del siglo VI se nota una ruptura muy nítida entre los complejos cerámicos Verdía y Sayula 1. Aparecen nuevos motivos y patrones decorativos (cuencos incisos) que tienen una difusión panregional muy importante. Por otro lado, aparece una nueva forma especializada (los cuencos salineros de Kelly) que se vuelve predominante en todos los sitios de playa. Sin embargo, la difusión de este nuevo elemento parece ser muy limitada a escala regional. En realidad, hasta ahora sólo ha sido reportada en las cuencas de Sayula y Zacoalco.

El estudio de la evolución de los distintos complejos cerámicos tiende a subrayar la importancia de las relaciones e interacciones regionales existentes durante todos los períodos. Estos vínculos varían en intensidad y dirección durante las épocas sucesivas. En el Preclásico la atención parece dirigirse inicialmente hacia el sur y el suroccidente (regiones de Colima y de Tuxcacuesco). Para finales de este período hay un cambio aparente y la dirección privilegiada se orienta hacia el norte, con ramificaciones específicas, en distintos momentos, hacia el noreste y noroeste.

Durante el Clásico los nexos con el valle de Atemajac, la región del los Altos, el valle de Juchipila y la región de Bolaños son tangibles en los estilos cerámicos que comparten todas estas regiones. La fase Sayula muestra una relación fuerte y preferencial con el valle de Atemajac (Castro, 1975; Galván, 1976; Schöndube, 1978) durante toda su evolución, pues no se nota discontinuidad en sus mutuas afinidades a lo largo de las dos subfases: Sayula 1 y 2. Hacia la última época se constata, quizás en menor grado, la presencia de elementos comparables a los complejos contemporáneos de las región del sur este y oeste de Jalisco: Nogales del área de Tamazula, Tuxpan y Zapotlán (Schöndube, 1994a: 83-85) Coralillo y Cofradía (Kelly, 1945, 1949). Así como en las fases Colima y Morett tardío del estado de Colima (*ibid.*, 1978, 1980; Meighan, 1972).

Las interacciones regionales son probablemente el motor de la dinámica visible en los cambios que marcan el paso hacia el Clásico. Esta dinámica es particularmente apreciable en los rasgos que caracterizan a los complejos cerámicos del periodo. Si no existiera la persistencia del material ordinario, representado en gran parte por los cuencos salineros, los elementos diagnósticos de cada una de las dos subfases merecerían una distinción en fases diferentes. La llegada de una nueva tradición cerámica es palpable en las diferencias de pastas, formas y técnicas decorativas. Algunos autores, como Weigand (1990) o Beekman (1996b: 891) identifican el desarrollo temprano de muchos de los nuevos rasgos presentes en el centro de Jalisco y en la zona que va desde el centro de Guanajuato hasta los Altos, por lo que consideran la posibilidad de que sean la manifestación de un movimiento poblacional intrusivo.

Esta nueva tradición confirma el eje preferencial de relaciones que pasa por el valle de Atemajac y desciende hacia Colima. Otros elementos, como la distribución de las figurillas Cerro de García (que aparecen con la subfase Sayula 2) indican una cierta afinidad cultural con el oeste de la cuenca de Chapala y otras áreas vecinas. A partir de Sayula 2, las relaciones culturales parecen nuevamente cambiar de rumbo hacia el eje oeste-este: Autlán, Cojumatlán y, en la fase posterior, Amacueca con

Michoacán. Para fines del Epiclásico y el Posclásico la interacción con el sur de Jalisco vuelve a ser notoria, así como con los grupos que participan de la tradición Aztatlán, que se ubican, entre otras áreas, en la región sur de Chapala, hacia el noreste de la cuenca de Sayula.

La continuidad estilística, que parece caracterizar la cerámica del epiclásico regional, no siempre tiene una contraparte en los elementos arquitectónicos presentes en las diversas áreas del occidente. La arquitectura de esta época presenta una diversidad de formas: guachimontones circulares en la región amplia de Tala-Ahualulco; edificios con talud-tabletero en El Ixtépete; plazas públicas con altar central, bien delimitadas por montículos piramidales en Los Altos y hacia el Bajío. En la cuenca, los rasgos del norte son predominantes en los sitios más importantes de la fase Sayula (Cerritos Colorados, La Picota, Sta. Inés). Sin embargo, la arquitectura pública descrita por Weigand (1974) para el sitio Tepehuaje, ubicado en la ribera sur-occidental del lago de Chapala (Tuxcueca, Jal.) tiene igualmente una gran similitud con varias de las estructuras excavadas en Cerritos Colorados. La mezcla de elementos arquitectónicos pudiera ser interpretada como las primeras evidencias de una interacción significativa con la cuenca de Chapala, ya que existe una diferencia marcada entre los estilos del norte y lo que aparece al nor-orienté de la cuenca.

Resulta evidente que las innovaciones que aparecen en la cuenca de Sayula, a partir del siglo VI, constituyen un elemento diagnóstico de un proceso sociopolítico que imprime caracteres de unidad cultural regional durante todo el Clásico.

EL POSCLÁSICO

Para el Posclásico, la interacción con el sur de Jalisco vuelve a ser notoria, así como con los grupos que participan de la tradición Aztatlán que se ubican en la región de Chapala, hacia el noreste de la cuenca de Sayula. Este período es sinónimo de la fase Amacueca que ha sido dividido en dos subfases, una temprana y una tardía.

Fase Amacueca temprana

La cerámica temprana de la fase Amacueca refleja una sociedad con una idiosincrasia propia, pero aparentemente menos «sofisticada» que la de la etapa precedente, Sayula. Salvo el material de estilo Autlán, sus formas y características reflejan una relativa sencillez en estilo que probablemente reside en que es una loza de servicio de uso común. Lo anterior no quiere decir que se está proponiendo a una sociedad con una organización simple, pero sí reconocer que la estandarización

vista pudiera reflejar mayor sencillez en la sociedad que la produjo o, por el contrario, mayor especialización. El uso de moldes para fabricar cerámica puede ser evidencia de una producción mayor y una especialización tecnológica más sofisticada. Asimismo, se tiene la presencia de materiales alóctonos como concha y obsidiana, además del uso de piedras probablemente no locales como los dos pendientes de piedra verde –probablemente *amazonita*²– encontrados en el ajuar mortuorio de una inhumación del sitio Caseta (CS-32). Aunque aparentemente en menor cantidad que en la fase Sayula, se sabe que para esta época el dinamismo del intercambio debió de continuar entre varias regiones del occidente. A través de correlaciones estilísticas, se puede decir que la cuenca tuvo vínculos con regiones del sur de Jalisco, evidenciadas en el estilo compartido denominado Autlán.

Pese a que Kelly sugirió que las fases cerámicas parecían sucederse una a otra, los análisis estilísticos en la cerámica Amacueca temprana constataron que sus antecedentes no parecen estar en la fase anterior, Sayula (Ramírez Urrea, 1997). No obstante los trabajos de Guffroy (1996a: 43) sobre material de la fase Sayula proveniente de Cerritos Colorados (CS-11), quien dice que algunos atributos parecen «anunciar la fase posterior, Amacueca, cuyo material característico no fue encontrado en el sitio [Cerritos Colorados (CS-11)], no llega a constituir *per se* evidencia contundente para afirmar continuidad entre ambas fases. Varios estudios sobre las evidencias de las fases Sayula y Amacueca han sugerido que entre ambas existe un rompimiento casi total (Uruñuela, 1997; Acosta, 1998: 101-118; Liot, 1998a: 151-153; Ramírez Urrea, 1996: 81-126). Este se vería reflejado no sólo en un estilo cerámico diferente, sino en el patrón de enterramiento, en la organización y ubicación de asentamientos, en el uso de adornos corporales y en las técnicas de extracción de sal, por mencionar lo más destacado.

Sí los antecedentes de la fase Amacueca no parecen estar en la fase Sayula, por lo menos de manera evidente (*ibid.*, 1997), entonces, ¿dónde se encuentran? En fechas recientes tuvieron que realizarse trabajos de rescate en un sitio llamado La Peña (CS-171) (*ibid.*, 2000a). Este asentamiento se localiza en el extremo noreste de la cuenca, en el valle de Citala, Teocuitlán. Los datos obtenidos han llevado a plantearse nuevas hipótesis sobre

² Los yacimientos de *amazonita* no están bien registrados en México. Se sabe que hay este mineral por la región de Zacatecas. Por otro lado, se tie-

nen yacimientos reportados en Centroamérica, específicamente en Costa Rica y en el estado de Carolina del Norte en Estados Unidos.

la transición entre la fase Sayula y Amacueca, y parecen emerger algunas alternativas para comprender mejor este proceso (*ibid.*, 1999a).

Las evidencias arqueológicas recuperadas del asentamiento de La Peña sugieren que el sitio estuvo habitado entre el 800 y 1300 d. C. (*ibid.*, 2000a). Su cerámica corresponde a las fases Cojumatlán (800/900 a 1100 d. C.) y Tizapán (1100 a 1350 d. C) característica de los sitios del sur de Chapala³. La presencia de cerámica correspondiente a la fase Cojumatlán había sido registrada en la cuenca con anterioridad. Aunque en mínima densidad, se localizó en asentamientos como de San Juan, Atoyac (CS-16), Caseta (CS-32) y La Motita (CS-24). Los recorridos de superficie registraron dos sitios más, pero que contenían una mayor cantidad de dicho material en comparación con los antes registrados. Estos son: El Saiste (CS-124) y Primera Mesa de los Indios (CS-152).

La presencia de material correspondiente a la fase Cojumatlán, en la cuenca de Sayula, y su comprensión ha resultado problemática (Ramírez Urrea, 1999). Se ha observado una similitud entre el estilo en algunos de los rasgos diagnósticos de la cerámica Cojumatlán y la del tipo 7 (Autlán policromo) de Amacueca temprana. Se detectó que los elementos decorativos del tipo 7, como la línea ondulada, los puntos, el círculo con punto (*chalchihuites*) o la cruz con cuatro puntos, se tienen en recipientes del tipo Cojumatlán, sólo que los Amacueca muestran los motivos y elementos de manera estilizada, que más que ser iconos ideológicos, como sucede en la fase precedente, responden a fines decorativos pero con un fuerte sabor a lo Cojumatlán (*idem*). Otros rasgos, que atestiguan una continuidad, son el uso, por ejemplo, de soportes tipo almenado, perinola y zoomorfos (caimán, serpiente o perro); reborde medial con muesca, etc.

Si se parte de la base de que la cerámica Cojumatlán cuenta con una temporalidad más antigua y que es parte de un componente estilístico panmesoamericano más amplio conocido en el occidente de México como tradición Aztatlán, que tiene su auge entre el 800 y 1200 d. C. (Sauer, 1998: 5-72; Kelley, 1983, 1986), la fase Cojumatlán se perfila como el posible antecedente de la fase Amacueca y no así la fase Sayula, como pudiera esperarse (Ramírez Urrea, 1999a).

³ Las fechas propuestas para el material de la fase Cojumatlán se dan sobre la base de los estudios de Lister (1949) y Meighan (1968: 37). Asimismo, se ven corroboradas por otros estudios en la región de Amapa, Nayarit (*ibid.*, 1976);

en Tomatlán (Mountjoy, 1982) y otras zonas de Nayarit (Gámez, 1996). En dicha áreas se cuenta con materiales de características similares al documentado tanto en Cojumatlán y Tizapán como en La Peña.

Fase Amacueca tardía

La cerámica de la fase Amacueca tardía refleja, al parecer, una sociedad con una identidad propia que eventualmente establecerá vínculos importantes con la cultura tarasca. Tentativamente, podría estar marcada por dos momentos: en el primero se observa una estandarización en las formas, acabados y colores de superficies, así como por la introducción de ciertos objetos, como tapaderas y bases. Estos parecen haber estado destinados a algún tipo de actividad ritual. El hecho de que no aparezcan en las etapas anteriores lleva a pensar que hubo un cambio interno en su pensamiento ideológico. La identidad local estaría sustentada en la incorporación e innovación de una serie de atributos, como los soportes, que hasta ahora no han sido reportados en otras zonas cercanas. Asimismo, el empleo de tecnología, al parecer sofisticada, así como las innovaciones observadas sugieren que pudo haber existido un grupo de artesanos especializados en la producción de cerámica.

La segunda parte estaría reflejada por cerámicas locales, en las cuales se incorpora varios de los atributos característicos de los tarascos. Asimismo, se cuenta con algunas innovaciones, como el uso de la olla antropomorfa que, además, cuenta con elementos típicos del grupo michoacano. Es curioso que materiales netamente Amacueca sean más constantes en la margen occidental de la cuenca, y escasa la presencia tarasca. El rescate efectuado, en julio de 1999, en el sitio El Tasajillo (CS-173) –al oeste de la población de Amacueca– parece validar esta afirmación. Este nuevo sitio se encuentra justo al frente del asentamiento San Juan, Atoyac (CS-16), ubicado en la margen este del lago de Sayula. El Tasajillo cuenta con arquitectura de piedra de tamaño monumental. Los datos recabados de la parte intervenida sugieren que se trata de un osario (*ibid.*, 2000b).

De manera preliminar, la cerámica encontrada parece corresponder a la recuperada en San Juan. Se cuenta, entre otras cosas, con varias ollas antropomorfas y una tapadera. Se ha observado que algunos fragmentos son asas tipo canasta, de aspecto local. Una miniatura cuenta con una vertedera, pero hasta la fecha no se han recuperado materiales de élite tarascos como los vistos en Atoyac. Lo anterior parece apoyar la hipótesis propuesta por Acosta (1998: 113-114), donde los grupos propiamente locales estarían asentados preferentemente en la parte poniente de la cuenca, mientras que los tarascos, aliados con élites locales asentadas en San Juan, convivieron en Atoyac y probablemente entablaron alianzas que debieron tener, como uno de sus intereses primordiales, el control del comercio de la sal.